

Recrear la filosofía

Luz María León Contreras

Fernando Cazas, *Enseñar filosofía en el siglo XXI. Herramientas para trabajar en el aula*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2006. 184 pp.

Hoy en día existen egresados de la carrera de filosofía que rechazan la docencia como campo de trabajo, pero hay que pensar ¿qué posibilidades hay de *recrear* la filosofía a través de la enseñanza?, ¿cómo lograr que la filosofía sea para todos?, ¿cómo se pueden ampliar los espacios de aprendizaje? Siendo profesor de filosofía y psicología en el nivel medio superior, Fernando Cazas fue motivado a crear este libro con la intención de transmitir herramientas y cierto entusiasmo al docente en filosofía. Además de ser una guía que contiene planificaciones bien realizadas y varias fichas ejemplificando la línea pedagógica y didáctica que se puede utilizar en el aula, también aborda la problemática de la enseñanza de la filosofía que se puede vivir en el sistema educativo actual.

El libro está conformado por cinco capítulos y cada uno de ellos con varios subtemas. En la presentación, Fernando Cazas comienza proponiendo que la filosofía es para todos y debe haber un acceso libre a ella.

En el primer capítulo, “¿Vivir de la filosofía o vivir sin la filosofía?” se describen algunas cuestiones que durante la docencia en el nivel medio superior pueden motivar a más de un alumno, haciendo hincapié en la *utilidad* de la filosofía. La utilidad de la filosofía tiene un valor no-monetario, tiene valor cualitativo en tanto que forma a un ser humano para que sea capaz de pensar, que logre ser culto, sabio y hasta feliz. La filosofía no procura formar hombres ricos, pero ignorantes, sino reflexivos aunque modestos. Apuntando a la pregunta inicial, quizás no se puede vivir *de* ella, pero es imposible vivir *sin* ella; la filosofía es indispensable. La filosofía resulta vital en la formación del hombre, del ciudadano, ante lo caótico de lo cotidiano y ante los dilemas éticos y estéticos que sufre la humanidad.

“La filosofía en el currículo de la enseñanza media en Latinoamérica”: en esta parte se podrá encontrar un informe por parte de la Organización de Estados Iberoamericanos, en la década de los noventas, este antecedente

ayuda a ejemplificar la realidad de la enseñanza de la filosofía en la educación actual. La problemática latinoamericana se puede identificar con la situación de la enseñanza de la filosofía en México, ya que en el año 2009 entró en vigor la RIEMS, excluyendo a la filosofía de los planes de estudio.

Luchar por la restauración de la filosofía no sólo en México sino en toda Latinoamérica, es uno de los objetivos dentro de la enseñanza. ¿Por qué restaurarla? porque es el espacio donde se puede formar tanto a mujeres y hombres para que busquen una sociedad diferente, para que piensen por sí mismos y se formen de una manera crítica; formando personas capaces de asombrarse, de debatir, de buscar la felicidad y de crear, es como se crean las condiciones de posibilidad para cambiar las visiones del mundo y enfrentarse a él de distinta manera, ésa es la esencia de una formación filosófica.

En el capítulo dos, “Metodología de la enseñanza”, se parte de una pregunta: ¿la escuela que conocemos hoy en día es una escuela moderna?; con ello surge la crítica a un elemento del proyecto de la modernidad: la escuela moderna. Esta institución fue creada para sustentar un proyecto político, cuya idea era lograr un lugar en donde todos fueran iguales, libres y con derechos. El objetivo de la modernidad, al menos por parte de los ilustrados, era buscar el bien común universal, el problema es que no todos se interesan por los mismos asuntos y se desaprovechó el espacio de la escuela para generar hombres que implantaran esa finalidad.

“Cómo enseñar filosofía”, es parte del segundo capítulo donde se analiza el objetivo de la educación, se concibe éste el transmitir no sólo conocimientos, sino también valores enfocándose a una formación ética “para poder vivir activamente en una sociedad determinada” (p. 18).

Ahora bien, Fernando Cazas formula una pregunta que todos los docentes deberían hacerse para ubicar sus objetivos: *¿qué pasa en el aula?*, a lo que puede añadirse *¿qué hay detrás del desinterés de los estudiantes hacia la filosofía?*, *¿en verdad están bien planteados los propósitos de cada curso?*; esto trae a colación dos diferentes métodos para enseñar filosofía, entendidas como:

1. *Enseñar historia de la filosofía*: aquí en general la clase es expositiva y se hace una lectura de textos que corresponden a autores clásicos. En este modo la participación por parte de los alumnos es pasiva. Por lo regular las evaluaciones se hacen de manera individual y el ejercicio de pregunta-respuesta se limita a hacerse con base en el texto.
2. *Enseñar filosofía “filosofando en el aula”*: el docente resulta ser un tipo de colaborador o coordinador, quien va a dirigir las participaciones de los alumnos. Se presume aquí que la evaluación no suele ser del todo objetiva. Se toman en cuenta las participaciones.

Con base en estos dos modelos, Cazas crea una propuesta que considera los elementos más importantes de ambas posiciones.

El capítulo tres, “Programas y planificaciones”, muestra en primer lugar, la importancia de una buena planificación del proceso de enseñanza y aprendizaje. Si bien es oportuna de vez en cuando la improvisación, como aquel factor espontáneo que le da otra cara a la enseñanza, esto sólo es un complemento. Siempre que una clase es dada sin anticipar el contenido, el método, material y evaluación, resulta contraproducente porque se pierden los objetivos.

Hay distintos modelos de planificación, pero nuestro autor nos muestra los principales puntos que se deben contemplar, entre ellos el diagnóstico de necesidades, formulación de objetivos, selección de experiencias de aprendizaje, evaluación. El capítulo cuatro “Herramientas para trabajar en el aula”, se desarrolla bajo la presentación de fichas de trabajo, que incluye la estructura de la línea didáctica y pedagógica que tiene que emplearse en determinado curso. Las fichas de trabajo son herramientas para trabajar en el aula, lo cual implica que el profesor es quien revisa el procedimiento.

Las fichas se dividen en dos partes:

1. Dirigida al docente, como base para construir la clase:

- a) *Presentación del tema*: se exponen los principales puntos que se desarrollarán en la clase.
- b) *Citas bibliográficas relevantes*: en general, son fragmentos que se encuentran en las obras de los autores que se trabajan en los *textos disparadores*.
- c) *Bibliografía de consulta para el docente*: son obras complementarias para profundizar en los temas.

2. Es dirigida al alumno y contiene:

- a) *Texto disparador*: su propósito es motivar al alumno a desarrollar el tema por medio de un *relato ficcional*.
- b) *Un texto para comenzar a pensar*: promueve el debate planteando opiniones en forma de argumentos. Es sumamente interesante, dado que presenta dilemas y contradicciones para provocar a una discusión que buscará fundamentar posiciones e invita a llevar a cabo una lectura detallada del tema.
- c) *Para más información*: ofrece recursos para la investigación, amplía la bibliografía, no sólo recomienda libros, también artículos, películas, música, etcétera.
- d) *Sugerencias para seguir pensando*: se hace el planteamiento de preguntas que inciten nuevas discusiones e investigaciones.

Un elemento que no todos los profesores consideran al realizar sus actividades de aprendizaje es el empleo de un *texto disparador*, que bien puede ser un diálogo, un cuento o algo similar que sirva para estimular al estudiante a imaginar determinadas situaciones y eso lo lleve a la reflexión, para pasar de un escenario de opiniones a uno de reflexión y argumentación, nutriéndose de la lectura. Al confrontar lo aprendido con la realidad y problematizarla, no sólo el alumno entiende mejor qué es lo que se le enseñó y para qué se necesita, sino también lo alienta a continuar filosofando, a formular nuevas preguntas. Así pues, con el texto disparador se desarrollan capacidades y habilidades, por lo que el alumno se anima a aprender y a crear.

El quinto y último capítulo: “Cómo diseñar evaluaciones”, es el que se refiere a la valoración del aprendizaje. En un primer momento se hace un breve estudio de la evaluación, es decir, a qué nos referimos cuando hablamos de realizar una evaluación. ¿Qué entendemos por evaluación? Con el fin de dilucidar cuáles son las opciones de evaluación en la enseñanza de la filosofía, se tiene que partir de la realidad, el docente tiene que reflexionar sobre qué manera de evaluar le resulta más efectiva para llevar a cabo dentro del aula y que a la vez haga crecer filosóficamente al alumno. Es fundamental en cualquier modelo pedagógico la coherencia entre evaluación y objetivos.

La evaluación cuantitativa busca determinar si un alumno puede acreditar el curso, se evalúa al alumno tomando en cuenta sólo una parte del proceso de aprendizaje, por lo que es de manera parcial y no se le da seguimiento. La evaluación cuantitativa tiene la intención de dar un valor numérico al desempeño del estudiante. *La evaluación cualitativa* corresponde a la supervisión de todo el proceso de aprendizaje, no vuelve a las opiniones homogéneas. Además fomenta la diversidad de opiniones y el debate. De este modo, aunque conlleva obtener ciertos conflictos con la institución, resulta ser una modalidad más apremiante porque logra que los alumnos piensen por sí mismos.

La evaluación cuantitativa y cualitativa, tienen una relación cuando se establece un claro criterio. Para que sea cualitativa, tiene que planificarse con el debido tiempo y compromiso para poder revisar el proceso y su resultado.

En cuanto al capítulo “Filosofía, instituciones y poder”, Fernando Cazas sugiere que una modalidad de evaluación siempre puede cuestionarse, por lo que debe haber constante crítica y autocrítica; “cuando se elige una modalidad de evaluación para un curso de filosofía, que ésta no sirva para acallar las diferencias. Que no sirva para unificar y homogeneizar las opiniones. De ser así estaríamos propiciando el aprendizaje de una filosofía muerta y embalsamada, para ser admirada pero no vivida” (p. 159). La filosofía necesita vivirse, sentirse y pensarse, basta de sólo repetirla en la enseñanza.

Bajo las condiciones actuales, donde impera el consumismo, la violencia, el ritmo apresurado de lo cotidiano, la falta de valores y de sentido, resulta

necesario indagar en las formas de reivindicación de la enseñanza de filosofía sin cambiar su esencia pese a su adaptación en nuestro contexto. Es ahora cuando se deben aprovechar los espacios en las aulas, conferencias, congresos, etcétera. Aunque en cierta medida hay un límite institucional, no se debe dejar de lado el esfuerzo y compromiso que se establece entre profesor-alumno. Atender a las necesidades es problematizar, pese a que no haya una conclusión definitiva, se sale de un estancamiento intelectual.

Pienso que el análisis de la enseñanza de la filosofía se hace precisamente desde la misma filosofía y no sólo desde la mera pedagogía –aunque intervenga. Estoy segura que no basta con dictar, memorizar, repetir, hay que filosofar, re-pensar en serio lo pensado, innovar y crear. La filosofía es una actividad humana, con errores, asombros, ideas y hasta resoluciones, que parten desde lo cotidiano y van más allá en la formación ética, estética y política de todo hombre.

Este libro es enriquecedor para posicionar de nuevo a la filosofía dentro del currículo como un elemento indispensable. Ilustra e invita a inspeccionar por sí mismo cómo pueden modificarse los modelos educativos, pensando en la realidad y no dejando el conocimiento como un contenido inservible. Evoca aquella idea de que la filosofía no es sólo una disciplina teórica, sino que también puede ser una guía en la praxis para aprender a tomar decisiones.

Para finalizar, dado todo lo anterior, podemos resumir que es necesaria la planificación en cualquier curso de filosofía, de cada clase se tiene que exponer una línea de trabajo que tenga un hilo conductor y coherencia, misma que se proyecta en los objetivos, contenido y producto. La utilización de herramientas de enseñanza, como lo son las fichas, esquemas, etcétera, refuerza el procedimiento de enseñanza-aprendizaje. El proceso de enseñanza-aprendizaje puede ser satisfactorio tanto para el alumno como para el docente, si se propicia la reflexión y se permite el filosofar; el profesor orienta y corrige cuando es necesario, pero el alumno debe conservar su autonomía en el incesante camino del filosofar. Por último, y no menos importante, es urgente reformar la educación pensando en la vigencia de la filosofía y de la libertad que puede llegar a tener el pensamiento.

La lectura de *Enseñar filosofía en el siglo XXI* es necesaria y de suma importancia, dado que al abordar diversas cuestiones, extiende el panorama de lo que implica enseñar filosofía en el nivel medio superior. Estimado lector, podrá aventurarse en la enriquecedora crítica que se establece aquí, esperando le sea provechosa para su formación como docente y filósofo. El libro es para todo aquel que quiera aprender a enseñar filosofía o aprender filosofía buscando diferentes modalidades.

Si bien Fernando Cazas fomenta a través de su libro que, la enseñanza de la filosofía tiene que generar crítica y autocrítica, aunque eso ocasione cierto

cuestionamiento con respecto a los lineamientos de las instituciones, es necesario para la formación filosófica. Explorar y crear nuevas modalidades de la enseñanza de la filosofía nos lleva al camino de la reivindicación de ésta. Por último, le pregunto al lector: ¿puede usted concebir un mundo sin filosofía?

El docente al igual que el alumno nunca termina de aprender, la enseñanza de la filosofía implica cambios tanto en la visión que tenemos de la filosofía como en su modo de ejercerla y es el docente quien puede ganar la lucha por su restauración. No bastan los años de experiencia, siempre se puede aprender más y mejor, Fernando Cazas brinda esa oportunidad.